

# **MODERNIDAD**

**TOMÁS URTUSÁSTEGUI**

**1986**

## **PERSONAJES**

JUAN.....35 AÑOS

ERNESTO.....35 AÑOS

LULÚ.....31 AÑOS.

## **ESCENOGRAFÍA:**

*Sala de una casa de clase media. Pequeño bar. Teléfono. Ventana a la calle. Puerta a la calle.*

*ÉPOCA ACTUAL...Fin de siglo XX.*

*Al abrirse el telón vemos a Ernesto que sirve bebidas alcohólicas. Juan lo contempla sonriente. Ernesto le da el vaso. Juan lo prueba.*

JUAN.- Qué bruto eres, me la serviste bien cargada.

ERNESTO.- Es para el frío.

JUAN.- Me termino ésta y me voy.

ERNESTO.- Pocas veces tenemos oportunidad de platicar.

JUAN.- Lo haremos cuando tu quieras, hoy nada más vine a dejarte esos papeles, no ha de tardar tu mujer y no le va a gustar atender invitados.

ERNESTO.- Te aprecia mucho.

JUAN.- Y yo a ella, pero debe venir cansada.

ERNESTO.- Eso sí, hace mucho que llega sólo con ganas de dormir. Pienso que son las horas extras.

JUAN.- (*Sonríe irónico*). ¿Eso te dice?

ERNESTO.- Sí, por qué.

JUAN.- Por nada.

ERNESTO.- Lulú es una mujer independiente, libre, creativa. Es verdad que me opuse a que se quedara más tiempo en su trabajo pero ella me convenció que así debía de ser. Si es su modo de realizarse y ser feliz...

JUAN.- ¿Dónde trabaja ese tiempo?

ERNESTO.- Ya te lo dije, en su trabajo de siempre.

JUAN.- Qué raro, ahí cierran a las seis.

ERNESTO.- (*Medita*). Es verdad, no se me había ocurrido pensar en eso...sí, es raro, pero si ella lo dice...

JUAN.- Mira, no sé si deba o me lo tomes a mal, pero te considero uno de mis mejores amigos, no importa que nos veamos poco, y creo, o más bien estoy seguro que yo...

ERNESTO.- (*Sonríe*). ¿Qué me vas a decir? Con ese largo preámbulo parece que me estás preparando para decirme que mi mujer me pone los cuernos.

JUAN.- ¿Y si así fuera?

ERNESTO.- (*Ríe*) En primer lugar no te lo creería, mi mujer no es de esas; ya te dije que es libre, independiente...

JUAN.- Desgraciadamente te tengo que decir que sí, que sí te pone los cuernos, te engaña.

ERNESTO.- (*Sorprendido, Controlándose*). ¿De verdad?

JUAN.- Sí.

ERNESTO.- Lo dices muy seguro.

JUAN.- Es que lo estoy, tu mujer se acuesta con Mario, su jefe; él me lo confesó, recuerda que es mi amigo.

ERNESTO.- Los hombres mienten siempre sobre eso; toda la vida presumimos que nos acostamos con esa o con aquella, con la vecina, con la mejor amiga de nuestra mujer y sobre todo con nuestras secretarias.

JUAN.- Los vi salir de un motel.

ERNESTO.- Pudiste ver mal.

JUAN.- Estoy seguro, te lo repito, además todo el mundo está enterado de eso.

ERNESTO.- Todos menos yo, como dicen que siempre sucede. Lo que me extraña es que mi mujer no me lo haya platicado. Hasta ahora nunca le he prohibido nada.

JUAN.- Eso no se prohíbe, sencillamente no se hace.

ERNESTO.- ¿Quién te entiende? Ahora dices que no se hace.

JUAN.- Digo que no se hace cuando se tiene un esposo como tú, que no se hace cuando se ama a su pareja.

ERNESTO.- Creo que estás exagerando...

JUAN.- No exagero nada. Si algo hay en el mundo que me indigne más es eso, que la mujer traicione al hombre. ¡ Sencillamente no lo puedo soportar!

ERNESTO.- ¿Y por eso viniste? Tomaste el pretexto de los papeles...

JUAN.- Por supuesto.

ERNESTO.- ¿Y qué crees que deba yo hacer?

JUAN.- No sé, lo que haría un hombre en tu lugar. Ese es tu problema.

ERNESTO.- ¿Y si fuera el tuyo, tú qué harías?

JUAN.- No es mi caso.

ERNESTO.- Algún día puede ser.

JUAN.- Sé que te va a asustar lo que te voy a decir, yo mismo me asusté cuando lo pensé la primera vez. *(Poco a poco se irá indignado)*. Si mi mujer me engaña...y espero por su bien que nunca lo haga.... ¡la mato! Sí señor. La mato a sangre fría: la ahorco, *(Empieza a posesionarse de lo que dice, ya enloquecido toma a Ernesto como si fuera su esposa y en él ejecuta lo que dice)*. Le doy de cuchilladas, de balazos, la tiro de una azotea, la enveneno, la ahogo en la tina, la mato a patadas, la aviento al paso del Metro, le clavo una estaca en el corazón, la guillotino, la enveneno, la quemo viva..*(Ernesto lucha para que no lo lastime y para calmarlo. Por fin logra sujetarlo)*.

ERNESTO.- Cálmate, cálmate, tu mujer no te pone los cuernos.

JUAN.- ¡Más le vale, más le vale!

ERNESTO.- Take it easy, relax.

JUAN.- *(Respira profundamente para calmarse. Al fin puede hablar)*. . ¿Tú qué piensas hacer?

ERNESTO.- ¿Yo? Nada. Y mucho menos todo lo que me acabas de enseñar. ¡Eres bárbaro! Yo no tengo porque hacer nada de nada.

JUAN.- Te digo que te engaña.

ERNESTO.- No me engaña. Si yo le hubiera preguntado y ella hubiera negado, sí sería engaño, no esto. Esto es solamente una falta de información.

JUAN.- (*Molesto*). Te pone los cuernos.

ERNESTO.- Si yo tuviera cuernos me transformaría en un diablo de pastorela y eso no va conmigo.

JUAN.- ¡Cabrón!

ERNESTO.- Qué fea palabra, como que suena vulgar... ¿o no?

JUAN.- Pues eso eres, un cabrón.

ERNESTO.- (*Cerrando molesto los puños*). Es curioso, llaman cabrón al que lleva cuernos (*Toma de la camisa a Juan*). pero también al que golpea, al que mata...

JUAN.- (*Reaccionando*). Perdón, ya veo que te molestaste, pero me da gusto; nunca creí que fueras tan frío...Una cosa como la que hizo tu mujer...

ERNESTO.- Estoy enojado, pero no con ella. Estoy enojado contigo, con tus pendejadas. Ya ves como también puedo decir cosas vulgares. ¿Quieres saber por qué te llamo pendejo?

JUAN.- No te lo voy a permitir.

ERNESTO.- Yo te permití llamarme cabrón, ahora tú me vas a permitir decirte pendejo.

JUAN.- Así sí, tienes razón. Un empate.

ERNESTO.- Te llamé pendejo por darle importancia a una cosa tan natural como lo es tener relaciones sexuales.

JUAN.- Son natural en la pareja.

ERNESTO.- Son natural siempre. Es una función orgánica. Piensa nada más en el ridículo si vienes a contarme que viste a mi mujer comiendo con alguien o bien que entró a defecar a un baño público. Todos estos son actos fisiológicos, normales por lo tanto.

JUAN.- No es lo mismo comer a que un hombre se introduzca en tu mujer.

ERNESTO.- (*Ríe*). Pero qué cosas se te ocurren. Ya veo a todo un hombre dentro de mi mujer. Pobre de ella.

JUAN.- Si no todo sí una parte de él.

ERNESTO.- Cuando va al ginecólogo o al dentista también ellos introducen una parte de su cuerpo en el de mi mujer y no por eso los voy a matar.

JUAN.- Por lo visto no te importa nada de lo que te dije.

ERNESTO.- Sí, sí me importa. Siempre es bueno enterarse lo que hace la cónyuge, saber si va a tener o no tiempo libre para uno. Pero nada más.

JUAN.- Lo dices como si te hubieras enterado que ella fue al cine o a simplemente a dar un paseo.

ERNESTO.- Exactamente.

JUAN.- No puedes hablar en serio. Llevas quince años de casado...

ERNESTO.- Diez y siete. Ya son muchos. Nos casamos muy jóvenes.

JUAN.- No puedes dejar que otro la satisfaga.

ERNESTO.- Mira, ahora que lo dices, no solamente no tengo que estar enojado con...¿ cómo me dijiste que se llamaba el jefe de mi mujer ¿ Mario?

JUAN.- Sí, Mario.

ERNESTO.- Digo que no solamente no estoy enojado con él sino que al contrario le estoy agradecido.

JUAN.- ¡ Cómo?

ERNESTO.- No pongas esa cara de mocha asustada. Es verdad. Últimamente mi mujer gana mucho más, ahora sé porque. También siempre está de buen humor, también ahora sé el porque. Una mujer satisfecha sexualmente es otra. Yo, la verdad sea dicha, ya no la hacía disfrutar; primero porque ya no lo hago tan seguido, y segundo, porque siempre soy el mismo: la misma variante, la misma duración, la misma velocidad y hasta el mismo gritito. (*Da el grito*). Perdón, ya te estoy descubriendo intimidades. Pero sí, siempre doy un pequeño gritito al terminar. Ni yo sé porque. (*Pequeña pausa*). Imagínate diez y siete años de hacer lo mismo. No dudo ni un instante que el tal Mario recurra a lo mismo que yo, en el sexo no puede haber grandes variantes, pero al menos tendrá otros olores, otro tono de voz, alguna maña.

JUAN.- Sólo porque te estoy escuchando...

ERNESTO.- Estamos por terminar el siglo veinte, faltan unos cuantos meses, no podemos seguir pidiendo a nuestras mujeres que sigan atadas a nosotros todo el tiempo. Deben ser libres.

JUAN.- No soy de esa opinión.

ERNESTO.- Por eso te llamé pendejo. Todas tus energías las gastas en vigilar a tu mujer,

en evitar que te ponga los cuernos. ¿Cuál es el objeto? En la antigüedad, y aún hace poco tiempo, eso sí tenía un porque. Si las mujeres quedaban embarazadas de otro uno era el pagano y tenía que mantener al favorcito el resto de su vida. Ahora ya no, existen muchos métodos para el control: el preservativo, la espiral, las espumas, el Diu...

JUAN.- Todas fallan.

ERNESTO.- Alguna vez, puede ser, pero no cuando se usa el método definitivo, el quirúrgico. A mi mujer le practicaron la salpingoclasia, o para que entiendas, la ligaron.

JUAN.- Sé lo que es la salpingoclasia.

ERNESTO.- Los hombres hemos peleado durante siglos por la libertad, por la independencia; ahora estamos a tiempo para ofrecérselas a nuestras mujeres. Ese será el primer paso para lograr la libertad total de los individuos, tengan el sexo que tengan.

JUAN.- ¿No temes que la enfermen?

ERNESTO.- No. (*Ríe*). ¿De qué? ¿De una enfermedad venérea, de una sífilis o una gonorrea? No, nunca. Si algo tiene mi mujer es ser limpia en extremo y exigir que los demás lo sean. A mí, y es otra intimidad, que soy su marido, siempre me revisa antes de tener relaciones.

JUAN.- ¿De ahí?

ERNESTO.- Claro.

JUAN.- ¿Y te dejas?

ERNESTO.- Por supuesto que sí.

JUAN.- Estoy confundido.

ERNESTO.- Tienes que modernizarte un poco, dejar de pensar igual a tus abuelos o bisabuelos. Es muy posible que tú mismo tampoco satisfagas plenamente a tu mujer ¿o sí?

JUAN.- Bueno, yo...

ERNESTO.- Confiésalo, no tiene importancia; ningún marido lo hace, esa es la pura verdad. Es posible que alguno lo logre durante la luna de miel, pero nunca más. La mujer siempre deseará más y más de todo: joyas, dinero, objetos, sexo. Eso está en su naturaleza. Jamás, y escúchalo bien, jamás las satisfaremos lo

suficiente.

JUAN.- (*Convenciéndose*). Nunca lo había pensado desde este punto de vista, puede que tengas razón. (*Pequeña pausa en que medita*). Mi vieja cada vez me pide más gasto, más ropa, más regalos, más viajes (*Se vuelve a sulfurar*), más dinero, más tiempo, más obediencia, más..., más...; Pinches viejas!

ERNESTO.- (*Satisfecho*). Ya ves, si tú no puedes dárselo que se lo den otros.

JUAN.- Tienes razón, perdóname, nunca debí venir a importunarte.

ERNESTO.- Los amigos siempre deben visitar a los amigos.

JUAN.- ¿Qué pensarás de mí? Que soy un corre, ve y dile; que...

ERNESTO.- No pienso nada, de verdad. Me dio mucho gusto verte.

JUAN.- Me voy.

ERNESTO.- Prométeme regresar pronto, ese día hablaremos de temas más interesantes y más divertidos como es del fut ball, de los crímenes políticos, lo de los partidos, de los narcos, de las monedas.

JUAN.- (*Se levanta, se despide de mano, Ernesto lo jala y le da un abrazo*). Gracias por no estar molesto.

ERNESTO.- Gracias a ti por venir. Te acompaño. (*Caminan hacia la puerta de salida.*) Espera, tus papeles.

*Va por los papeles, los hace rollo y así se los entrega a Juan. Sonríe. Juan molesto sale. Ernesto regresa, se sirve una copa, pone música, medita un largo tiempo, se pone tenso, bebe. Llega su mujer, trae un vestido muy provocativo, sonrío muy ampliamente al marido al entrar, corre y le da un beso.*

LULÚ.- Ya estoy aquí.

ERNESTO.- ¿Y ese vestido? No te lo conocía.

LULÚ.- (*Modelando*). ¿Te gusta?

ERNESTO.- (*Frío*). Sí.

LULÚ.- Lo compré hoy mismo.

ERNESTO.- ¿Y el otro, con el que te fuiste?

LULÚ.- Lo dejé en la tienda para que le subieran un poco a la falda, ya estaba muy larga.

ERNESTO.- Te daba a medio muslo.



LULÚ.- Ahora viene otra vez la mini mini.

ERNESTO.- (*Señalando la falda del vestido que es muy corta*). ¿Cómo esa?

LULÚ.- Cómo crees, ésta está muy larga.

ERNESTO.- ¡Ah!

LULÚ.- ¿No me preguntas que cómo me fue? Siempre lo haces.

ERNESTO.- ¿Cómo te fue?

LULÚ.- Bien pero tuve mucho trabajo, vengo positivamente rendida. (*Se quita un zapato y se da masaje en un pie*).

ERNESTO.- ¿Trabajo en el tiempo extra?

LULÚ.- Sí, ahí sobre todo.

ERNESTO.- Deberías irte a descansar.

LULÚ.- ¿Qué estás tomando?

ERNESTO.- Un brandy.

LULÚ.- No seas malito y prepárame uno, traigo tanta sed.

ERNESTO.- ¿Alguna otra cosa?

LULÚ.- (*Se quita el otro zapato, se da masaje, sube las piernas al sillón*). Qué bien se está en casita, no lo cambio por nada.

ERNESTO.- Podrías estar más tiempo en ella. El tiempo extra...

LULÚ.- Esto ya lo hablamos. Disfruto de la casa porque estoy en ella cuando quiero, si me exigieran un minuto más la odiaría. Así de fácil.

ERNESTO.- Vino Juan.

LULÚ.- (*Viendo el cenicero*). Ya me había dado cuenta de que tuviste visita, no sé porque siempre han de dejar los ceniceros con sus colillas, con lo que apestan.

ERNESTO.- Es amigo de Mario, tu jefe.

LULÚ.- ¿No lo sabías? En una época hasta fueron socios, alguien me dijo que uno transó al otro, no sé quién a quién, es lo mismo. En negocios todos transan a todos, es la regla de oro.

ERNESTO.- Me dijo que tu oficina la cierran todos los días a las seis.

LULÚ.- ¡No es verdad!

ERNESTO.- ¿No?

LULÚ.- Claro que no. De lunes a viernes sí cerramos a esa hora, pero los sábados se cierra a las dos de la tarde.

ERNESTO.- ¿Puedo saber a que horas comienza tu turno extra?

LULÚ.- A las seis y los sábados a las dos.

ERNESTO.- No entiendo.

LULÚ.- ¿Qué es lo que no entiendes?

ERNESTO.- Que si tu oficina está cerrada tú trabajas.

LULÚ.- (*Recibe su bebida*). Gracias, cielo. Pues sí trabajo. Tú sabes perfectamente que mi oficina es una agencia de viajes ¿o no?

ERNESTO.- Sí.

LULÚ.- Bien. En mi oficina vendemos boletos de avión, de barco, excursiones, paseos, etc. Etc. ¿Me sigues?

ERNESTO.- Sí.

LULÚ.- También organizamos congresos, convenciones, etc. etc.

ERNESTO.- Ajá.

LULÚ.- Bien, pues a partir de las seis de la tarde voy con Mario a los auditorios para ver que todo marche bien, a los hoteles a confirmar las reservaciones...

ERNESTO.- ¿A eso nada más?

LULÚ.- ¿Qué te traes? ¿Querías que trabajara encerrada en mi oficina todo el tiempo? Ahora tengo oportunidad de utilizar mi inglés, mi italiano, mi francés...

ERNESTO.- (*Lamiéndose los labios*). Sobre todo tu francés.

LULÚ.- (*Bebe*). Te noto muy raro.

ERNESTO.- Nada de eso me habías platicado.

LULÚ.- Porque no le di importancia, es parte de mi chamba; nunca pensé que te pudiera interesar.

ERNESTO.- Juan me dijo que te vio salir de un hotel con Mario.

LULÚ.- Ya te dije que vamos a varios.

ERNESTO.- Era de un motel.

LULÚ.- Cómo. ¿Eso tampoco te lo había platicado? Qué memoria la mía. Estaba segura de que ya lo sabías.

ERNESTO.- Que sabía qué.

LULÚ.- Eso, que de cuando en cuando me acuesto con Mario. No tan seguido, hasta eso. ¿Te molesta?

ERNESTO.- No, sólo el que no me lo hayas dicho.

LULÚ.- Mario y yo aprendimos que cuando estamos muy tensos por el trabajo, por la impuntualidad de los demás, por tantas cosas, que no hay algo mejor para relajarnos que irnos a acostar juntos. No sé que haga mejor, si eso o el baño caliente que tomamos.

ERNESTO.- Deben ser ambos.

LULÚ.- No te puedes imaginar lo que es una agencia de viajes, es para volver loco a cualquiera; llenas unos boletos de avión con miles de datos, hablas al aeropuerto y te salen conque cancelaron ese vuelo, o bien te llegan unos nacos a querer comprar boletos a Europa con pesos ¿tú crees?, dan ganas de reírse frente a ellos. Entonces se les tiene que explicar que en la agencia sólo recibimos dólares, marcos, libras, que estos se pueden conseguir en tal o tal casa de cambio. Si fuera una sola gente pasaba, pero cuando es una y otra y otra...

ERNESTO.- Te pone de mal humor.

LULÚ.- Exactamente.

ERNESTO.- Y entonces le dices a tu jefe que estás tensa y que quieres relajarte, que si no sería bueno ir a un hotel...

LULÚ.- Ya ves como si te lo había contado.

ERNESTO.- No lo sabía, lo intuí en este momento.

LULÚ.- (*Suspira*). Mario tiene un no sé qué que calma a cualquiera, es algo grande...

ERNESTO.- ¿Grande?

LULÚ.- Sí, es un poder grande, algo que no todos tienen, tú por ejemplo.

ERNESTO.- Algo debo de tener.

LULÚ.- Sí, pero muy pequeño, es algo con lo que se nace.

ERNESTO.- Si tú lo dices.

LULÚ.- ¿Tienes un cigarro? Me dieron ganas de fumar.

ERNESTO.- (*Sin hacer caso a la petición*). Tu jefe, el tal Mario ¿nunca habla de mí, nunca ha pensado que puedo molestarme?

LULÚ.- Por supuesto que sí, es tan considerado, siempre está insistiendo que nos apuremos, que yo debo estar aquí a prepararte la cena.

ERNESTO.- Qué amable.

LULÚ.- Yo lo calmo, le digo que tú ya tienes tiempo de prepararte tus alimentos solo.

ERNESTO.- Sí, muchas cosas las tengo que hacer solo...y con mis propias manos.

*Acaricia un vaso como si estuviera masturbándose.*

LULÚ.- Eso le digo, que tú ya tienes experiencia y que además te gusta, que desde joven lo hacías.

ERNESTO.- ¿A ti se te hace natural acostarte con él? Eres una mujer casada. ¿El lo sabe?

LULÚ.- ¿Que estoy casada? Por supuesto. El hasta te conoce. En cuanto a la otra pregunta te diré que al principio se me hacía raro, mi jefe me conocía sólo como a una secretaria eficiente.

ERNESTO.- ¿Eres eficiente?

LULÚ.- Claro que sí, por algo me sube el sueldo cada mes; yo le proporciono un placer o sea un bienestar.

ERNESTO.- ¿Entonces le cobras como cualquier...?

LULÚ.- Qué ideas. El me paga un sueldo, global, por lo que yo hago de día y de noche.

ERNESTO.- ¿Parejo?

LULÚ.- No, en turno extra la paga es doble.

ERNESTO.- ¿Gozas con él?

LULÚ.- ¿Es un interrogatorio en toda forma?

ERNESTO.- No, simple curiosidad.

LULÚ.- Gozo como con cualquier hombre, unas veces sí, otras un poco y otras definitivamente no; eso me pasa sobre todo después de mis reglas, creo que depende de la hora, del cansancio, de la velocidad, de la voluntad.

ERNESTO.- No sigas...lo prefiero.

LULÚ.- No sé porque pero tengo la impresión de que todo esto te molesta ¿es así?

ERNESTO.- ¿Qué cosa?

LULÚ.- Qué si te molesta que me acueste con Mario.

ERNESTO.- A mí por qué va a molestarme, tengo ideas modernas, tu cuerpo es muy tu cuerpo y puedes hacer con él lo que quieras.

LULÚ.- Qué bueno que lo dices, ya me extrañaba que tú, una persona inteligente y actualizada se molestara por algo de tan poca importancia.

ERNESTO.- Por supuesto que no, hasta te lo aplaudo. (*Aplaudes una sola vez con un sonido seco*).

LULÚ.- ¿Qué te parece si cenamos? Me muero de hambre.

ERNESTO.- Voy por el jamón.

LULÚ.- No me digas que hiciste jamón Virginia. Me chifla.

ERNESTO.- Eso hice.

*Sale Ernesto. Ella descansa en el sofá, hojea más que lee alguna revista, termina su bebida. Se sienta. Regresa Ernesto. Trae puesto un delantal blanco. En la mano derecha trae una bandeja tapada. Se coloca en la espalda del sofá donde está Lulú. En la otra mano trae un revólver oculto por una servilleta. Apunta a la espalda de Lulú sin que, por supuesto, ella se de cuenta.*

ERNESTO.- Ya está servido. (*Lulú va a levantarse, él le pide que espere*). Espera, una última pregunta.

LULÚ.- ¡Estos hombres, estos hombres! Siempre tan curiosos, por algo son los únicos científicos que existen.

ERNESTO.- ¿Has tenido orgasmos con Mario?

LULÚ.- (*Piensa un momento. Su cara se va llenando de una gran sonrisa. Suspira profundamente. Goza*). Sí, con él sí.

ERNESTO.- Ahora vas a tener el primero conmigo..

*Ernesto dispara apuntando a la cabeza de la mujer. Ella cae muerta. Él la contempla afligido. Después empieza a sonreír. Va por un abrigo y la va tapando con él lentamente, disfrutando lo que hace.*

ERNESTO.- Y di que no soy celoso.

**OSCURO FINAL**

**RESUMEN:** Un marido es alertado por su amigo íntimo ante el posible adulterio de su esposa. Este le dice que el es moderno y que cada quién hace con su cuerpo lo que quiere. Llega la esposa, le confiesa a instancias de él que sí anda con su jefe, le pregunta si le molesta. El contesta que no, que es moderno. Al final le pregunta si goza con el otro. Ella dice que sí, que con él sí. El hombre moderno la mata.

**PERSONAJES:** Dos hombres y una mujer.